

LA LEYENDA DEL VALLE DE LA LUNA

Cuando las tropas de San Martín cruzaban los Andes por la región de Cuyo, allá por el 1817, se contaba entre sus filas a un tal Furibundo Valle. Oriundo de Catamarca, a los dieciocho años se había enlistado para servir a la Patria con los mismos ideales de honor y gloria a flor piel que siguieron brotándole veinte años después. Morocho y altísimo, tenía en su vida dos convicciones, dos amores por los que estaba dispuesto a matar o morir. Uno, la inquebrantable lealtad por su Patria. Sostenía que era grande, que tenía un alma grande, que tenía gente grande, que merecía que los hombres que vivían en ella la cuidaran con su vida. La otra, un absoluto e ineludible amor por su Serena.

Serena Luna, lo conoció un año antes del cruce, en las festividades de la Virgen del Valle. Ella zarandeaba su vestido de volados y el pañuelo blanco, él la sacó a bailar una zamba. Se reconocieron más que conocerse, ya habrían estado juntos en otra vida, en otros tiempos pasados seguramente... Nunca más se separaron. Al terminar las fiestas, pidió oficialmente su mano y se casaron de inmediato en una capilla de pueblo porque él tenía que partir.

Una noche, casi un mes después de haberse casado y dejado a Serena en Catamarca, un soldado entró a la tienda de campaña de Furibundo y se descubrió la cara llena de mugre. Era Serena que se había puesto las ropas de batalla para seguir a su amado a sabiendas de que él no permitiría que lo acompañara. La alegría que arrebató a los dos fue tan grande, tan profunda y tan conmovedora que olvidaron el lugar y la locura de una mujer en medio del combate y se fundieron en el abrazo más apretado y largo que jamás se hayan dado dos seres humanos.

Luego de la primera noche de calor en mutua compañía bajo mantas de bayeta, calor de cuerpos y de almas, calor de futuro compartido, de comidas caseras, de familia y niños corriendo por el patio, la tropa tuvo que emprender la marcha nuevamente. Serena se puso al lado de su hombre y él ya sabía que no podría disuadirla.

Una batalla tras otra retrasó el avance del Ejército de los Andes; Potrerillos, Achupallas, Las Coimas... En la primera, el Coronel Las Heras ordenó a infantes y granaderos -entre estos Furibundo- el ataque a una posición realista. Las batallas se ganaron, fueron violentas y costaron muchas vidas. Los soldados lucharon con la fuerza de sus ideales, con la Patria en los ojos, los brazos y el corazón, con la sangre celeste y blanca, sin descanso ni tiempo ni dudas. Furibundo, como sus pares, era Argentina peleando, era su casa, su suelo, su Catamarca querida.

De repente, sin verlo, sin aviso, un sable enemigo atravesó a Serena dejando la estela plateada del reflejo del sol en el filo. Furibundo desesperado corrió a su lado, a tiempo para que

cayera en sus brazos. Seguían abrazados cuando un soldado realista le clavó un puñal en la espalda, sin saber cuán agradecido caía sobre su amada.

Para Furibundo Valle, Serena Luna fue el mejor regalo que le dio la vida. Vivió con ella esa historia de amor que recordaría aún después de muerto, y es por eso que aquellos que fueron testigos, bautizaron al lugar como Valle de la Luna para que vivan siendo leyenda, hasta hoy.